

LUCÍA GÁRDEZ
MAX ROSS

LA
VOZ
DE
ARTEMISA

NUMAK

La voz de Artemisa
Primera edición: marzo de 2023

©2023, Lucía Gárdez y Max Ross
©2023, Ediciones Numak (Served Numak S.L.)
C/Pineda Fosca, 4, A-1ª. 08100 Mollet del Vallès (Barcelona)
©2023, Paula Peralta Pozanco, por la cubierta
©2023, Sara Ruiz Capdevila, por las ilustraciones
©2023, Darío M. Urdiales, por la maquetación
Imágenes de cabecero: Freepik

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley de *copyright*.

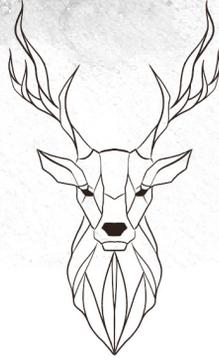
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org 917021970/932720445).

ISBN: 978-84-126390-2-5
Depósito legal: B 6830-2023

Printed in Spain – Impreso en España

*Para los que nos dejaron
demasiado pronto.*





PRÓLOGO

NUNCA ME HA GUSTADO EL TÁRTARO. LA TEMPERATURA ES DEMASIADO elevada, la oscuridad llega hasta donde alcanza la vista y el hedor de las almas penitentes es insoportable.

La última vez que estuve allí no fue por decisión propia. Me vi obligada a bajar a ese funesto territorio porque el dolor de una de las almas era tan intenso que llegaba a mi palacio de cristal en el Olimpo. Supongo que podría haber contactado a Hades para que el tap-tap-tap que sentía contra las sienes se detuviera, pero eso habría supuesto admitir en voz alta que la gran Artemisa Agrotera era incapaz de controlar su propio poder empático, y jamás se debe admitir una debilidad delante de otros dioses, mucho menos si eres uno de Los Doce.

En esta ocasión, sin embargo, mi viaje me ha llevado más allá del Lete, el río del olvido, hasta los bellos jardines de los Campos Elíseos, donde las almas no conocen sentimientos tan nefastos como el sufrimiento, la envidia o el anhelo, pues disfrutaban de la eternidad reviviendo sus momentos más felices. A pesar de que los dioses podemos acceder a este recóndito lugar por nuestros propios medios, mi anfitrión me espera con los brazos cruzados y un gesto impertérrito en ese rostro marmóreo suyo. Recuerdo cuando apenas era un bebé, tan pequeño que su cabecita cabía en una de mis manos. Ahora es más alto que yo, tan ancho de espaldas como Apolo y

tan imponente como Zeus. O lo sería si no fuera por esos hombros caídos que denotan siglos de adiestramiento.

—Hola, Artemisa.

—Phyr, querido.

El joven que me devuelve la mirada no sonrío. Su madre le ha inculcado que existe una fina línea entre la educación y la debilidad y, por tanto, sabe que el más leve atisbo de sonrisa es una señal de buenos deseos impropios de uno de los hijos de los señores del Inframundo. Ojalá Phyr se pareciera más a Hades y menos a Perséfone, pero salvo por sus ropas negras y esos ojos grises que esconden todos los secretos del universo, ha heredado entre poco y nada de su padre.

—No es muy habitual que los dioses quieran que los muertos recuperen sus recuerdos.

Le sonrío y avanzamos juntos entre la cuidada madreselva que crece a este lado del jardín.

—Siempre hay una primera vez.

Cuando nos adentramos en el bosque de melocotoneros, un cielo infinito se abre sobre las ramas balanceadas por el viento y el suave effluvio de la fruta me inunda las fosas nasales. Por unos instantes solo se oyen nuestras pisadas sobre la hierba. Phyr siempre ha sido un muchacho de pocas palabras, por lo que su silencio forma parte de nuestra muda conversación.

—¡Hola!

Miro detenidamente a la niña que está sentada bajo una mimosa, cuyas flores de color amarillo destacan contra el verdegal que nos rodea. Hay un libro abierto en su regazo.

Sonrío al ver que mueve una de las manitas hacia nosotros.

—Hola, pequeña —saludo. Phyr, a mi lado, se detiene en cuanto yo lo hago—. ¿Podemos sentarnos contigo?

—¡Claro! —Nos invita a acercarnos con un aspaviento. La larga melena castaña cae por encima de uno de sus hombros y el lazo rojo que lleva a modo de diadema es tan bonito como su vestido azul—. Estaba leyendo *Una arruga en el tiempo* —dice antes de cerrar el volumen.

—Madeleine L'Engle —murmura Phyr, que acaba de tomar asiento

a la izquierda de la niña de azul—. Una lectura un poco avanzada para alguien de tu edad, ¿no?

Ella se encoge de hombros y le lanza una mirada perspicaz.

—¿Fumas mucho? Hueles a humo.

El gesto tan serio de Phyr se rompe y da paso a la indignación. Sin embargo, enseguida vuelve a ponerse su máscara imperturbable.

—¿No te enseñaron tus padres a no hablar de los olores de los demás?

La pequeña repite el gesto de encoger los hombros y se gira hacia mí.

—Se ha enfadado.

—Un poco, sí —asiento sin dejar de sonreír. Me acomodo mejor a su derecha y retiro una hoja que ha caído en su pelo—. ¿Te gustan las historias de aventuras?

Le brillan los ojos de pura emoción. Veo por el rabillo del ojo que un ciervo asoma tímidamente entre los árboles. Todo está dispuesto.

—¡Sí! Me encantan. —La pequeña baja la mirada al libro—. Este tiene viajes en el tiempo y una batalla entre el Bien y el Mal...

—Eso es estupendo. Creo que te gustará la historia que voy a contarte.

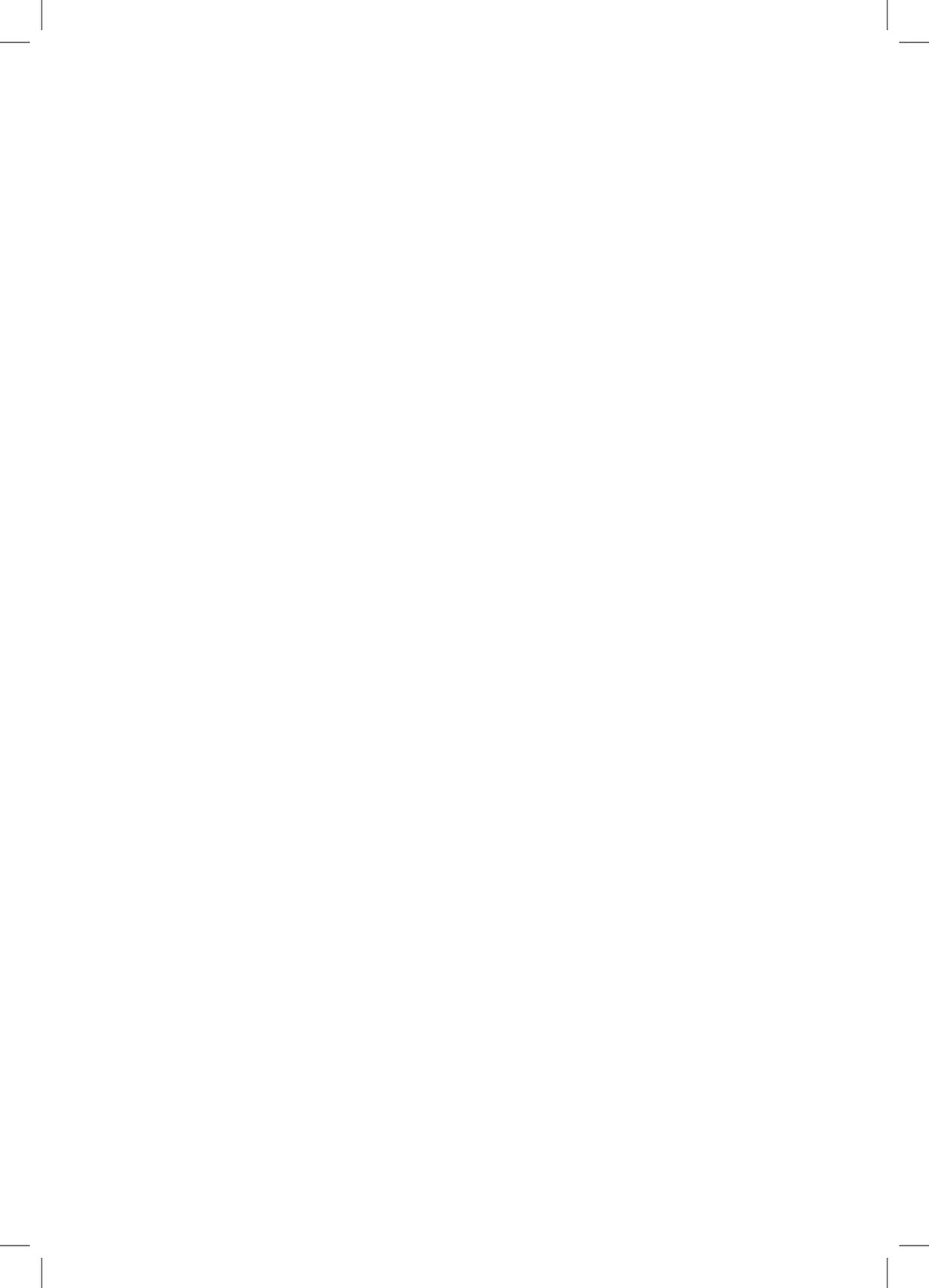
El ciervo se acerca a nosotros y olfatea la hierba a mi alrededor mientras Phyr se recuesta contra el tronco y se cruza de brazos. Sé que fingiré quedarse dormido, como siempre, pero no me importa. Ahora mismo toda mi atención está en esa mirada que refulge de curiosidad e interés; en ella y en lograr mi cometido.

—¿Una historia de aventuras?

—En efecto. —Ajusto mi túnica y acaricio al ciervo que se ha acomodado a mi lado—. Una historia de aventuras. Pero también es una historia de amor.

—¿De amor? —repite ella, un poco desilusionada.

—No te dejes engañar, pequeña —susurro y añado poco después—: Las mejores historias de amor siempre empiezan con una gran aventura.





AKTO PRIMERO





DE SUEÑOS Y DESTINOS

LA HISTORIA QUE VOY A CONTARTE EMPEZÓ UNA NOCHE DE LUNA creciente, poco después de la caza de un basilisco, en un restaurante de carretera situado en los límites del norte de Zagora. En la tercera mesa, junto a un sucio ventanal y bajo los destellos de una bombilla titilante, Rose esbozaba una sonrisa de agradecimiento a la camarera y aceptaba el plato que esta le tendía.

—Muchas gracias. Tiene muy buena pinta.

La mujer, de pelo negro como el ébano recogido en un cuidado moño, pasó las manos por las arrugas del delantal y asintió complacida. Rose reparó en el colgante que llevaba: la cabeza de un caballo. Cuando alzó la mirada, la anciana le tendió una taza de café al mismo tiempo que le dedicaba una sonrisa; gesto que borró como respuesta al gruñido que soltó la otra muchacha que ocupaba la mesa.

—¿Kétchup? —preguntó Rose antes de que la amable señora pudiera reprender a su hermana pequeña—. Y si pudiera traer un melocotón...

La anciana asintió y se marchó después. Una vez estuvieron solas, Rose cruzó las manos sobre la mesa, escudriñando a su melliza con un fruncido de ceño, y le dijo:

—¿A qué viene esa actitud?

—Tengo hambre —contestó con apatía Vyx—. ¿Y a ti qué te pasa con la fruta?

Rose puso los ojos en blanco y luego miró al husky que se relamía expectante a su lado.

—Es saludable. Deberías comer más fruta, enana. ¿Y tú, eh? Tú eres lo más bonito que han hecho los dioses —le decía al perro, rascándole justo detrás de las orejas, donde más le gustaba—. Sí, Adonis, eres lo más precioso de este mundo... ¿A que sí? ¿A que sí?

Su hermana se aguantó la risa, con los carrillos llenos de comida. Vyx era la pequeña por apenas cinco minutos de diferencia. Cabe señalar que las dos eran como el día y la noche, a pesar de haber compartido el vientre materno durante nueve meses. A Rose le gustaba teñirse el pelo de diferentes colores, mientras que Vyx había optado por llevar el pelo castaño, corto y el lado derecho rapado desde los dieciséis años. Los ojos de Rose eran del verde de las esmeraldas en perfecto contraste con el azul glauco de los de Vyx. La manera de sonreír de ambas era, también, muy diferente, pues Rose lo hacía sin reparo y con absoluta sinceridad, mientras que para la más pequeña las sonrisas eran una mera utilidad.

—¿Crees que podrás informar a Hipólita cuando lleguemos a Volos? —preguntó Rose, después de darle un sorbo a su café—. Ya sabes, tú sola. Hace bastantes días que no veo a Lucian y...

—Lucian —dijo Vyx con desgana, como si acabara de amargarle la cena—. Sigo sin entender qué ves en ese tío. Siempre va de negro, huele a alcohol y se codea con gente muy rara.

Su hermana alzó una ceja, incrédula.

—¿Estás hablando de Lucian o de ti?

—Ja ja. Qué graciosa. Y no olvidemos que está completamente fuera del Círculo.

—Sí, y es el hombre más guapo del mundo. Además, nadie puede escoger de quién se enamora. Pero te aseguro que si pudiera elegir, lo escogería a él.

Vyx masticó más despacio y se encogió de hombros con indiferencia. Amar como Rose sugería implicaría compromiso, y ella se jactaba de ser alérgica a esa palabra. Sus ojos se fueron detrás de una rubia despampante que pasaba en ese momento por su lado. En lugar de hacer algún comentario jocoso al respecto como de costumbre, siguió masticando en silencio y frunció imperceptiblemente los labios antes de decir:

—Este restaurante me suena de algo. ¿Hemos estado aquí alguna vez?

Rose se metió una patata frita en la boca y negó con la cabeza.

—A no ser que hayas venido sin mí, y me parecería una vil traición, yo diría que no.

—Sabes que no voy a ninguna parte sin ti.

—Seguro que eso se lo dices a todas.

—La verdad es que sí —confirmó Vyx con una traviesa sonrisa—. Es importante que se sientan especiales, sobre todo después de...

—¡Calla, calla! —exclamó Rose justo antes de taparse las orejas con las manos—. No quiero oír nada de lo que le hace mi hermanita a sus conquistas, ¿vale?

—Vale, vale. Tú te lo pierdes.

Durante los instantes de silencio que siguieron, Vyx analizó cada cambio en la expresión de su hermana. Cambios que para otros hubieran pasado desapercibidos, tales como el brillo de sus ojos apagándose cual estrella que se aleja, o la sonrisa que se desdibujaba para dejar solo una fina línea en esos labios rosados. También la manera que tenía de mirar el plato lleno como si se sintiera, de repente, vacía. Inquieta, Vyx preguntó:

—¿En qué estás pensando?

Rose la miró. Sonrió y se inclinó sobre la mesa para apartarle el flequillo de la cara a Vyx.

—Pensaba en lo que has dicho sobre Lucian —respondió, y volvió a sentarse bien—. Porque tienes razón, está fuera del Círculo. Está fuera de todo. Honramos a los mismos dioses y, aun así, es como si nos separaran dos mundos distintos. Si Hipólita se entera...

Vyx torció el gesto, hastiada. No era un secreto que Rose siempre había querido formar una familia. Sin embargo, no podía dejar la Orden de la noche a la mañana solo porque creyera haber encontrado al amor de su vida. Las dos tenían claro que el juramento que me habían hecho demandaba un servicio de por vida.

—Hipólita no se enterará. Además, ¿tengo que recordarte que la Orden no está pasando por el mejor de sus momentos? A nuestra mentora le están saliendo granos del estrés. En serio, los he visto. No le sobra tiempo para

notar que vas por ahí enamorándote. Sea cual sea la última gran prueba que mide nuestras verdaderas aptitudes como guerreras... Está yendo regular.

—Thalia la ha superado. —Rose se mordió el labio, pensativa—. Sé que ser parte de la Orden Arktoi es nuestro destino y que nos hemos preparado toda la vida para esto, pero tiene que haber algo más, ¿no? Nadie habla nunca de lo que sintieron durante la ascensión y...

Vyx soltó una estridente carcajada y su hermana la miró con mala cara.

—Perdón. —Se disculpó Vyx. Luego cogió una servilleta y se limpió las manos con ella—. Es que cada vez que dices la palabra ascensión parece que estemos esperando a que nos rescate la Nave Nodriza. Mira, Ro. —Tensó los hombros y la sonrisa se borró de sus labios y de sus ojos, teñidos ahora de una seriedad insólita en ella—. Podemos hacerlo. Sé que te parece imposible, pero no seríamos las primeras ni las últimas en llevar una doble vida. Puedes ser una guerrera arktoi y estar con Lucian. Si nuestro destino llama a la puerta, ya te preocuparás entonces sobre a qué estás dispuesta a renunciar.

—Qué filosófica te has vuelto de repente. Es por si nos está escuchando esa rubia a la que has desnudado con la mirada antes, ¿no?

No hubo sonrisa socarrona en Vyx.

—No sé por qué... —Bajó la voz—. Me da la sensación de que la he visto antes.

Rose resopló y le restó importancia.

—¿No me dijiste que ibas a hacerte una lista con los nombres de tus conquistas?

—Ya, pero qué pereza. Además, tendría que relacionar caras y nombres. Ves el problema, ¿no? Se me dan fatal los puzles.

Las dos se rieron.

—Lo que creo es que tú y el compromiso os lleváis muy mal. —Rose empezó a jugar con el tenedor en la ensalada que acompañaba a la hamburguesa—. Podrías intentar no perder el tiempo con ligues de una noche y, no sé... Tienes mejores opciones, como cierta bruja que está coladita hasta los huesos por ti.

—No empieces con Astrid otra vez, va. Tengo veintitrés años, Ro. No me deprimas. La única chica a la que quiero con locura y de la que nunca me cansaré eres tú.

—Qué halagador —replicó su hermana—. Pero te lo digo en serio.

—Y yo también. —Se señaló la cara—. ¿No me ves? Jodidamente seria.

Rose suspiró y alzó las manos en un gesto de rendición. Vyx se acercó la hamburguesa a los labios pero no llegó a dar el mordisco porque dijo:

—Además, no sé por qué insistes tanto. A ti te preocupa que Hipólita te convierta en un oso gigante por estar con Lucian. ¿Qué crees que me haría a mí si se enterara de que me acuesto con una bruja? Ya sabes que no les tiene cariño desde lo que pasó con el Aquelarre del...

—No os ha ido tan mal hasta ahora.

—Astrid y yo somos amigas, y punto.

—Las amigas no le arrancan el sujetador a la otra con los dientes.

—Bueno, esa es tu opinión.

Su hermana mayor torció una sonrisa. No volvieron a hablar del tema.

Media hora después, un viejo Volkswagen Corrado rojo y oxidado recorría la carretera serpenteante entre las imponentes y verdes montañas que bordeaban la costa. *You're the one that I Want*, la canción de John Travolta y Olivia Newton-John, rompía el plácido silencio de los bosques. Al volante, Rose movía los hombros al ritmo de la música mientras su hermana interpretaba la primera parte de la canción. Rose no tardó en unirse a ella, todo bajo la siempre fiel atención de Adonis, que iba tumbado en los asientos de atrás. Entre curvas, mosquitos manchando el cristal frontal del coche y risas esporádicas, la canción llegó a su fin.

Vyx bajó el volumen de la música y preguntó:

—¿Cuánto crees que tardará Hipólita en darnos otra misión? Siento que estoy llena de energía. Ese basilisco ha sido pan comido.

Rose se rio y negó con la cabeza.

—Pues yo te he visto un poco apurada. Te encanta quedarte con lo bueno.

—Es un don que tengo. El tuyo es el de la prudencia.

—¿Sabes cuántas veces hubiésemos muerto de no ser por mi prudencia?

—Alzó una ceja, lanzándole una mirada por el rabillo del ojo—. A ver, aclárame esto: odias a la Orden pero disfrutas como una niña haciendo lo que hacemos.

El comentario le robó un suspiro a Vyx, que miró a Rose de reojo. Entornó los ojos hacia el colgante de la media luna que su hermana llevaba al cuello.

Se aclaró la garganta y encogió los hombros.

—Es muy simple, en realidad. Lo disfruto porque lo hago contigo. No me gustaría verme trabajando con la repelente de Thalia o esa que siempre te lanza miraditas. ¿Cómo se llama?

—Gaia. Y no me lanza miraditas.

—Claro que sí. Pero no es culpa tuya. Como a mí me van las chicas se cree que es algo genético y que también te van a ti. —Suspiró—. En fin, la ignorancia. Al menos Hipólita no ha enviado a su pajarraco para espiarnos esta vez.

—No puedes llamar pajarraco a un fénix. Venga, es precioso.

—Es un bicho que al morir se arde como una hoguera y luego vuelve a resurgir de sus cenizas. Me gustan más los loros. Te cuentan chistes y todo.

Rose le revolvió el pelo y se rio cuando Vyx intentó defenderse.

—¿No has dicho que había un motel por aquí? —preguntó la mayor.

—Ajá. En el mirador de no sé qué. Creo que estuvimos una vez hace... ¿cinco años? Estaba esa señora del Círculo que se parecía a Cindy Lauper. ¿Cómo se llamaba? ¿Apostala?

—Apostolia —corrigió Rose entre risas—. Pues yo no he visto ningún desvío desde hace rato y los faros de este coche son una basura. Están a nada de fundirse.

Vyx había sacado el móvil para corroborar la cuenta de Instagram de la chica de la cafetería y ahora hacía un mohín, preguntándose por qué se sacaba tantas selfies delante del espejo y por qué seguía teniendo esa extraña sensación de déjà vu.

—Siempre puedes sacar la cabeza por la ventana. El rojo de tu pelo iluminará el camino.

—Ja ja, qué graciosa...

A decir verdad, todo sucedió muy deprisa.

Rose no vio los trozos de madera con clavos oxidados desperdigados a lo ancho de la carretera mal asfaltada hasta que fue demasiado tarde. Intentó frenar, pero lo único que consiguió fue perder el control del coche.

Los trozos de madera salieron despedidos en todas direcciones y una de las ruedas estalló con un ruido sordo. Adonis gimió desde el asiento trasero, nervioso, y aunque Vyx gritó, por mucho esfuerzo que su hermana puso en recuperar el control no pudo evitar que el Corrado rojo impactara de frente contra un árbol en la cuneta. El accidente fue tan brutal como el golpe que ellas se dieron con las cabezas contra el salpicadero.

Es difícil saber cuánto tiempo se oyeron los ladridos de Adonis; ladridos que se elevaban por encima del ulular de los búhos o del silbido del viento. El capó, deformado por el impacto, despedía un denso humo que se filtraba por las ventanas.

Vyx apretó los párpados antes de abrir los ojos despacio. Los ladridos del husky eran como martillazos para el dolor de cabeza que le nublaban los sentidos. Encogió el gesto y alargó el brazo cuando sintió el lametazo de Adonis en su mejilla. Movi6 ligeramente al inquieto animal.

—Rose —susurró algo adormilada.

No hubo respuesta. Vyx se apartó del salpicadero como buenamente pudo y, con la cabeza en el respaldo, miró el asiento del conductor y el corazón le dio un vuelco.

La puerta estaba abierta y el asiento vació.

Rose había desaparecido.





DE PROMESAS Y ATAÚDES

HIPÓLITA, VENERADA SACERDOTISA Y ADALID DE LA ORDEN ARKTOI, acudió a la habitación del motel en cuanto recibió la llamada de una Vyx totalmente desbordada. Para cuando la mujer cruzó el umbral, lo único que seguía en pie era la cama sobre la que Adonis, con una pata vendada, miraba con tristeza a su dueña. Si bien Rose había demostrado ser una guerrera paciente y metódica desde temprana edad, capaz de idear un plan para salir de la más compleja de las situaciones, su hermana siempre había sido pura rabia contenida en un cuerpo muy pequeño. Mucho más pequeña parecía Vyx en ese momento, sentada con la espalda contra la pared, las piernas recogidas contra el pecho y las manos en la cabeza.

La sacerdotisa cerró la puerta, o lo intentó, pues la cerradura estaba rota, probablemente como consecuencia de un portazo. Prudente, ya que conocía el temperamento de su aprendiz, la observó durante unos segundos en silencio. Recordaba que Vyx solía hacer lo mismo cuando era pequeña y se sentía desbordada: gritaba, despoticaba y rompía cosas, hasta que la furia que ardía en su pecho ya no avivaba tanto. Cuando se quedaba sin fuerzas, se aislaba en un rincón durante horas. La única persona capaz de calmarla no estaba allí, pero no por eso su mentora se amedrentó. Descolgó la larga y pesada bolsa negra que llevaba al hombro y la dejó caer al suelo. A paso lento pero seguro, se acercó a su aprendiz.

—No lo entiendo —murmuró Vyx sin moverse, pero muy consciente de la presencia de Hipólita—. ¿Por qué se han llevado solo a Rose? No tiene sentido, joder.

—No creo que esa sea la pregunta que debes hacerte.

Vyx gruñó y no se molestó en mirar a la adalid. Bajó los brazos y acto seguido se levantó. La habitación parecía hacérsele pequeña con cada una de las zancadas de un ir y venir absurdo. Pero más absurdo era todavía que, por mucho que respirara, le siguiera faltando aire.

—No estoy de humor para tus sermones de mierda —advirtió.

—No he venido para darte sermones. Estoy aquí para ayudar. Esto es grave.

—¿No me digas?

Vyx se volvió hacia ella con una cínica sonrisa en los labios. Observó lo distinta que Hipólita parecía fuera del templo, con esas ropas tan sencillas y la ausencia de la túnica morada. Si la memoria no le fallaba, no había visto a su mentora sin los detalles tan distintivos propios de la adalid de la Orden desde que sus caminos se cruzaron por primera vez.

Y de eso hacía ya mucho tiempo.

—Hacemos todo lo que nos pides. Vamos adonde sea que nos digas. No hacemos preguntas. Lo hacemos todo por ti. Por ti y por Artemisa, esa diosa de pacotilla.

No podría haberlo visto venir y, de haberlo hecho, no hubiese tenido margen para reaccionar a tiempo: una bofetada le cruzó la cara. Aunque solo se resintió una mejilla, a Vyx se le encendieron las dos de rabia. Miró a los ojos de Hipólita, de un azul añil, que en ese momento brillaban con una extraña mezcla de decepción y desdén.

—Esa diosa de pacotilla es la diosa a la que le juraste lealtad, así que ten más respeto. No te he educado todos estos años para que seas una mocosa impertinente.

El pecho de Vyx subía y bajaba con violencia.

Estaba convencida de que el día que Hipólita apareció en el orfanato de Nuestra Señora del Socorro en busca de dos candidatas más para la próxima generación de guerreras arktói, se las llevó a ambas no porque quisiera, sino porque habría sido imposible separarlas. Y es que ya por aquel entonces, Vyx se aferraba a la mano de Rose y no la soltaba bajo ninguna circuns-

tancia. Muchos fueron los días en los que las monjas la castigaban por su desafiante comportamiento y Vyx gritaba hasta quedarse afónica, suplicando que su hermana se quedara con ella.

Fue una calurosa tarde de verano de hace trece años, en una remota isla del Mediterráneo, cuando la vida de las mellizas cambió para siempre. En ese momento, poco después de su décimo cumpleaños, las dos hermanas jugaban a la sombra de un cerezo, aisladas de los demás niños y niñas, cuyas risas y gritos risueños daban algo de color a las paredes grises. Era difícil distinguir a la una de la otra, pues las dos llevaban el largo pelo castaño recogido en una coleta y vestían el mismo uniforme de pantalón gris y polo blanco.

—Estate quieta —pidió enfadada la pequeña Rose—. No te va a doler.

Su disgusto se debía a la reticencia de su hermana a dejar que le aplicara el cataplasma que ella misma había preparado en la ceja.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Vyx, desconfiada.

—Porque vi a la madre Agnes ponérselo a Bemus y él no se quejó.

Vyx se mordió el interior de la mejilla y apretó la tela del pantalón raído entre los dedos. Miró al verde de los ojos de Rose y, con un suspiro, se echó ligeramente hacia delante, cediendo.

—No te tendría que poner nada si no te hubieras peleado con Damien —señaló Rose.

—Te insultó.

—¿Y qué? Solo son mentiras, Vyx. No te muevas, ¿vale?

Aplicó despacio con la cuchara de madera la mezcla del bol que tenía en el regazo y las dos gimieron de dolor al mismo tiempo.

—¡Has dicho que no dolería! —se quejó Vyx primero.

—Solo escuece un poco, quejica.

Molesta, Vyx se acarició cerca de la ceja sin llegar a tocar el ungüento y murmuró:

—Lo raro sería no quejarse.

—Tu cara sí que es rara.

Vyx la empujó y las dos se rieron. Luego suspiraron al unísono y se tumbaron boca arriba en el césped para contemplar el cielo a través de los pétalos rosados del cerezo.

—Tienes que dejar de meterte en peleas —pidió Rose tras un breve silencio, girando la cabeza hacia su hermana—. No quiero que te castiguen.

—Y yo no quiero que te hagan daño —contestó Vyx. Arrancó un manojo de césped y apretó los labios enrabiada—. Damien es un imbécil. No le tengo miedo.

—Ya. —Rose soltó una risita—. A ti no te da miedo nada.

—Mentira.

Rose se estremeció por el tono cortante de su melliza. Fue como si su voz saliera de un sitio mucho más profundo que la garganta.

—Me da miedo que nos separen. —susurró Vyx—. Nunca se llevan a dos a la vez.

—Entonces no nos separarán. —Rose se colocó de lado para así poder ver a su melliza mejor—. Será como una promesa, ¿vale? O se llevan a las dos, o no se llevan a ninguna.

Se miraron en silencio. Como tantas otras veces, Rose alargó la mano hacia su hermana y Vyx hizo lo mismo. Antes de que sus dedos llegaran a rozarse, un abrupto chillido las hizo dar un brinco y buscar inquietas su procedencia. Vyx fue la primera en resoplar nada más ver al culpable.

—Es ese pajarraco feo otra vez —rezongó.

Rose, en cambio, sonrió y se incorporó hasta sentarse, asombrada.

—No es un pajarraco. Es preciosísimo.

Su hermana la miró como si hubiese dicho cien mentiras seguidas.

—Vale. Lo que tú digas.

—No he visto ninguno así en los libros. Es una pasada. Fíjate, fíjate, es como si tuviera fuego en las alas —decía Rose, fascinada—. ¿Qué será?

—Un loro no. Los loros molan más.

Vyx arrancó otro manojo de césped. Lo lanzó como si fuera lluvia verde a la espalda de su hermana y sonrió al ver que algunos trozos se quedaban adheridos al polo blanco y a su melena.

Pronto se dio cuenta de que los jardines se habían sumido en un inesperado silencio. Se habían apagado las risas y con ellas se habían callado los gritos. Vyx se incorporó despacio y observó que los demás niños y niñas seguían allí, muy quietos en sus sitios, y que todos miraban fijamente en la misma dirección: la hermana superiora, Agnes, hablaba con una descono-

cida de larga melena castaña recogida en dos trenzas. Eran las trenzas más perfectas que Vyx había visto en toda su corta vida. ¿Quién sería? Eran muy pocas las personas que visitaban el orfanato, y muchas menos todavía eran las que se parecían a las Amazonas de los mitos griegos.

El corazón le dio un vuelco cuando el dedo de Agnes señaló hacia ellas. Tanteó a ciegas con la mano hasta que pudo tocar la camiseta de su hermana y dio varios tirones.

—¡Ro! ¡Ro!

Rose se giró molesta, pero antes de poder recriminarle nada a Vyx vio que la hermana Agnes se acercaba y que no venía sola. Reaccionó deprisa y escondió el bol del ungüento y la cuchara de madera que había tomado prestada de las cocinas. Ambas se pusieron en pie, cruzaron las manos en la espalda y bajaron la cabeza, como era protocolario hacer en presencia de una superiora.

—Son las únicas mellizas que tenemos —dijo Agnes con un tono despectivo al llegar—. Las abandonaron a las dos a las puertas de este orfanato hace diez años.

—Una noche de luna creciente, imagino —dijo la otra mujer, de voz grave y profunda.

Las dos pequeñas, confundidas, se miraron de reojo. La madre superiora carraspeó.

—Como comprenderá, no recuerdo las circunstancias de todas las noches en las que alguien decide abandonar a sus hijos en nuestras puertas. ¿Acaso importa?

—En absoluto.

Vyx se atrevió a alzar ligeramente la mirada, impulsiva como era, y se encontró con la media sonrisa de la imponente mujer. Observó el tatuaje que llevaba en la cara anterior del cuello. Era la cabeza de un ciervo. Hipólita ensanchó la sonrisa y Vyx bajó de nuevo los ojos al suelo.

—Puede llevarse solo a una si lo desea —dijo Agnes—. Entiendo que...

Estoy segura de que Vyx maldijo a la madre superiora y que tuvo tiempo suficiente para imaginar que se caía por un acantilado de la isla y se ahogaba entre un montón de peces muertos por el inconfundible hedor a persona despreciable de la vieja monja.

—No —interrumpió la recién llegada—. Me quedo con las dos.

El ave que descansaba sobre la rama más gruesa del cerezo chilló e Hipólita sonrió. Las niñas, prudentes, miraron con disimulo cómo el ave se alzaba en un majestuoso vuelo, alejándose. La misteriosa mujer sonrió una vez más.

—Lo prepararemos todo, entonces —determinó Agnes.

Tras un escueto asentimiento, la superiora se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos hacia el edificio principal, el más imponente de los tres que formaban el complejo del orfanato. Las pequeñas se quedaron a solas con quien era una desconocida a sus ojos.

—Os esperan grandes cosas a las dos —les dijo Hipólita—. Lo mejor está aún por venir.

Y se las llevó consigo y, al hacerlo, Vyx creyó que había condenado a dos niñas a vivir y morir por una causa absurda. Siempre lo había pensado. De pequeña, temía que llegara el día en que las separaran, pero al crecer, ese miedo mutó y se hizo más grande, oscuro y abrumador. Nadie tenía a la suerte de su lado eternamente, ¿no es así? Y allí estaba hoy, perdiendo a Rose.

Si hubiera una fragancia para el odio, la habitación de motel estaría impregnada de ella.

—En lugar de regodearte en tu veneno —entonó Hipólita, que miraba a su aprendiz con displicencia—, deberías pensar en una manera de encontrar a tu hermana.

Vyx bufó y puso distancia entre ellas. Retomó ese ir y venir que, aunque no calmaba sus nervios, la ayudaba a pensar. No tenía nada con lo que empezar. Eso era indiscutible. Lo único que sabía era que, quien quiera que se había llevado a Rose, sabía que no tendría ninguna oportunidad si se enfrentaba a ambas, así que les había tendido una trampa. ¿Cómo sabían que iban a pasar por esa carretera?

Vyx se hundió los dedos en el pelo. Ella no era como Rose. Su hermana sabría qué hacer. No estaría en esa habitación divagando ni despotricando contra su mentora. No. Estaría ya rumbo a cualquiera parte, con un plan y sin miedo a nada. Aunque tenían la misma edad, cinco minutos era diferencia suficiente para que Rose siempre hubiera estado por delante de Vyx.

Incluso cuando las circunstancias no les permitían estar juntas, siempre encontraba la manera. Siempre llegaba hasta ella, ya fuera desde el otro lado de una puerta, o...

La guerrera se detuvo en seco y contuvo el aliento. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

No dijo nada a Hipólita. Se sentó en el suelo, recogió las piernas, cruzándolas después, y relajó los hombros. El gemido de Adonis amenazó con arrastrarla al momento del accidente, pero se esforzó en dejar la mente en blanco. Un empeño en vano, al principio, pues la ira y el miedo no le permitían silenciar todos los reproches de su subconsciente y, por tanto, no era capaz de ver el mundo como un espacio inmenso, vacío y etéreo.

Vyx se humedeció el labio inferior. Inhaló y exhaló muy despacio.

Y así comenzó la búsqueda.

«Ro», llamó en su mente.

Cada exhalación de Vyx era más profunda y pesada que la anterior. La presencia de Hipólita se diluyó en una densa oscuridad. Con ella desapareció la habitación, y con la habitación, el mundo se desvaneció. En ese momento, Vyx no era más que una esencia que buscaba el norte. Su norte. Ninguna de las dos había comprendido jamás ese don, y en cada ocasión que preguntaron a su mentora, la adalid aseguró desconocer la respuesta.

«Ro».

Muy lejos de allí, Rose abría los ojos de par en par. Vyx sintió el miedo de su hermana como si fuera suyo. El vínculo que las unía y que se había hecho más fuerte con los años les permitía ver a través de los ojos de la otra. Sin embargo, a pesar de que Rose había abierto los suyos, la oscuridad infinita no se disipó y el conocido regusto de despertar de un mal sueño las persiguió a ambas desde las brumas de la inconsciencia.

—Vyx. —El pecho de Rose empezaba a subir y bajar violentamente—. ¡Vyx!

No pudo estirar los brazos. Cuando hizo ademán de incorporarse, se golpeó la frente contra una superficie dura.

El miedo se apoderó de ella tan rápido como se prende la mecha de una cerilla.

«Ro, cálmate. Tienes que respirar».

Pero Rose era presa de un ataque de pánico y, por tanto, Vyx también, y sus intentos por calmarla fueron en vano. Ambas aporreaban con los puños la madera al ritmo de los latidos desbocados de sus corazones. Cuantos más golpes daban, peor respiraban.

«Ro, necesito que pares y respires, por favor».

—¿Vyx?

«Sí, soy yo. Todo irá bien, voy a encontrarte. ¿Sabes dónde estás? Cualquier pista servirá».

En respuesta, su hermana palpó con las manos cada pared que encontró. Era un espacio pequeño y de madera. Deslizó los dedos por la superficie que se hallaba sobre su cabeza. Al propinar un puntapié a la derecha, todo resonó como una caja. ¿Una caja?

«¿Qué es de madera y lo bastante grande para que quepa una persona?».

—Cállate, Vyx.

Pero la posibilidad ya había calado en Rose, que notó como la sangre se le helaba en las venas. Se llevó ambas manos a la boca para ahogar así un grito de horror.

Estaba encerrada; encerrada y enterrada en un ataúd.

—No, no, no...

Se habría dado golpes en las sienes si tuviera más espacio de maniobra, pero los ataúdes no están pensados para ataques de pánico. Tomó varias bocanadas de aire y cerró los ojos.

«Rose».

—Estoy enterrada, Vyx. Me han enterrado. No sé cuánto oxígeno me queda...

La voz de su hermana pequeña tardó más en llegar de lo que le hubiese gustado, y el terror de volver a saberse sola tenía su propia presencia, como una energía que enrarecía el poco aire que le quedaba y que quemaba más y más con cada vaga exhalación.

«Te encontraré, ¿vale? Te lo prometo».

—Qué heroica sueñas. ¿Adonis está bien?

«Me parece muy fuerte que preguntes por el perro antes que por mí».

—Eso es que sí. Vyx. —Rose cerró los ojos—. No quiero morir, ni así... ni aquí.

Rose supo que el nudo de angustia que se le hizo en el pecho no era suyo.

«O se llevan a las dos, o no se llevan a ninguna. Te encontraré».